

Crónica

'Feeling' curativo en el Liceu

Van Morrison exhibió su agreste carisma artístico en un fluido y lujoso recital en el coliseo

JORDI BIANCIOTTO
BARCELONA

➔ Suelen amontonarse los adjetivos al hablar de los directos de Van Morrison: huraño, esquivo, antipático. Pero como para hacer música no es imprescindible tener la diplomatura en relaciones públicas, conviene descubrirse ante conciertos como el que ofreció el norirlandés el viernes por la noche en el Liceu. Fueron 90 minutos de excelencia en los que Morrison hizo, una vez más, lo que quiso con géneros musicales de raíz afroamericana (jazz, blues, soul) y con un repertorio que culminó con clásicos como *Moondance*, *Brown eyed girl* y *Gloria*.

Como es habitual, Morrison no dio ni las buenas noches, y apenas se le oyó un discreto «gracias» al final de una canción. Apareció con traje, sombrero y gafas oscuras, junto a una banda que le rendía pleitesía con una sombra de temor propia del alumno en pleno examen. Porque sus conciertos son tests para sus músicos, que nunca saben qué va a pasar, cuál será la siguiente canción del repertorio (el artista lo decide sobre la marcha y se lo comunica *in situ*). Cada actuación del autor de *Astral weeks* es un mundo, con un punto de *jam session* perfeccionista.

◻ SIN FRONTERAS

Le acompañó una banda amplia, con siete músicos, incluidos dos de viento que subrayaron el factor swing de diversas piezas. Aunque, hablando de Morrison, los géneros musicales difuminan sus fronteras; son un material moldeable que adquiere formas mutantes: soul inflamado y rhythm'n'blues trotón; jazz de cava lujosa y, en fin, expresión libre que puede recalar en la memoria celta (la flauta de *The lion this time*) o en la *torch song* digna de un Otis Redding (*Bring it on home to me*).

La banda abrió el concierto con una improvisación de *Concierto de Aranjuez*, y Morrison entró en acción con *This love of mine*, una de las pocas citas a su nuevo disco, *Magic time*. Fueron entrando en calor con *Whinin boy moan* (con solos de trompeta y vibráfono para desentumecer



►► El cantante Van Morrison, la noche del viernes, en el escenario del Liceu.

La seguridad

EL ARTISTA SE APOYÓ EN UNA BANDA QUE SÚBRAYÓ TODAS SUS INFLEXIONES

El repertorio

LOS CLÁSICOS 'BROWN EYED GIRL' Y 'GLORIA' PUSIERON FIN AL RECITAL

músculos) y *Carrying a torch*, ésta con su *crescendo* místico encabezado por el saxo, instrumento que Morrison fue alternando con la guitarra.

El protagonista de la noche mostró una voz en condiciones, con poder para desdibujar algunas melodías sin decapitarlas, arañar en los momentos más agrestes e incluso soltar algunas estrofas sin micrófono. Todo fluía sin estridencias, con cada pieza en su sitio. Y con Morrison proclamando sus buenas intenciones en *Magic time*, advirtiendo de las puñaladas que da la vida en *They sold me out* y, a partir de medio concierto, contentando a la platea con *Cleaning windows*, *Have I told you lately* (con un brillante desenlace a gol-

pe de swing) y *Wonderful remark*.

La cadencia de *Moondance* fue acogida con una salva de aplausos. Poderosa y dulce, desprendió esa voluntad curativa y benefactora que Morrison hizo suya, en los 70, como motor supremo de su obra. Aunque la recta final fuera previsible (*Brown eyed girl* y el bis de *Gloria*), aunque el concierto durara hora y media de reloj, el irlandés transmitió con lucidez una porción de su mundo interior, rico en connotaciones humanistas, incluso cósmicas. Ofreció alimento para el espíritu en una ceremonia que repitió anoche en el mismo teatro. Aunque *repetir* no es un verbo propio de él: lo de anoche seguro que fue otro concierto. ◻